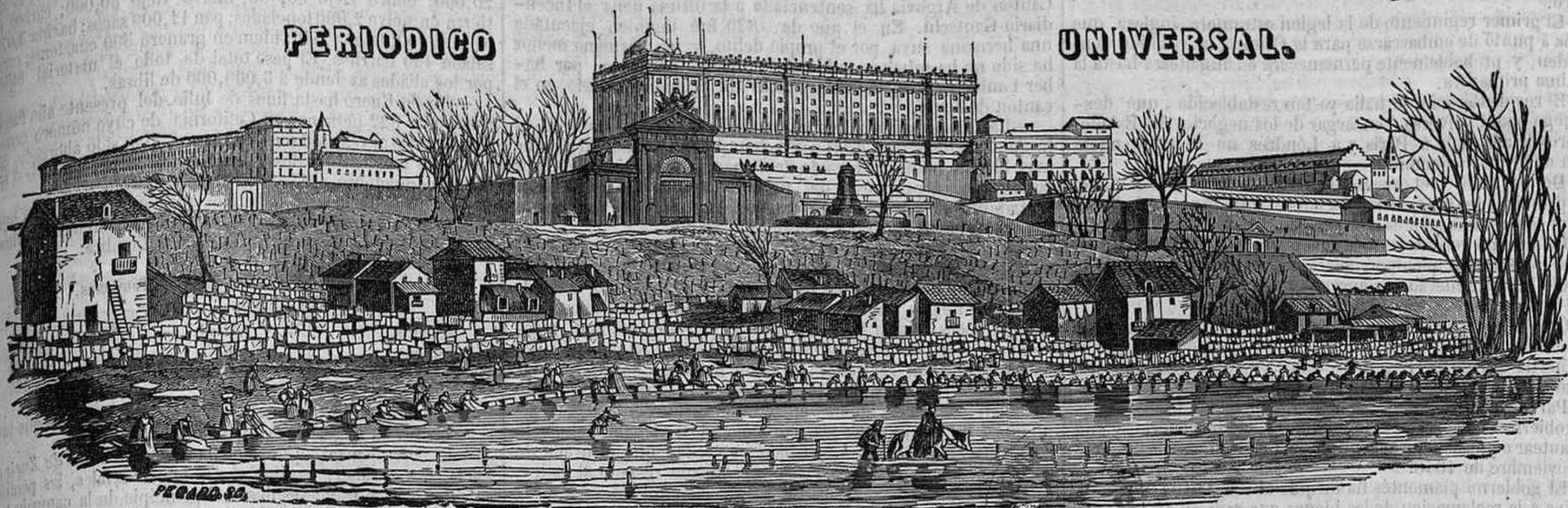


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 350.—LUNES 12 DE NOVIEMBRE DE 1855
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA UNIVERSAL.

Noticias de actualidad.
—Procedentes del Báltico han llegado al puerto de Kiel siete navíos de línea ingleses.

—Desde Nicolaief se ha dirigido el emperador á Elisabeta-grado, distante de aquella plaza unas 65 horas en dirección N.

—Los aliados han vuelto á Eupatoria; 60 buques suyos se hallan anclados en Kinburn.

—Han sido expulsados de la isla de Jersey 36 refugiados políticos, entre ellos el célebre Victor Hugo.

—Un reciente decreto del emperador Alejandro ordena una nueva leva de diez hombres por cada mil almas.

—Ya ha quedado definitivamente allanado el conflicto surgido entre la Francia y el reino de Nápoles.

—Las mas recientes noticias de la Crimea anuncian que los rusos se concentran sobre las alturas de Makenzie, fortificándolas.

—Continúan embarcándose en Constantinopla numerosas fuerzas con destino al Asia. En el campamento de Maslak hay en el día 10,000 hombres.

—En el Sebastopol Norte manda en el día las armas el general Chruleff y el almirante Pansiloff las fuerzas marítimas.

—Escriben de Viena á la Patrie que el Czar ha dado al príncipe de Gortschakoff amplias facultades para evacuar ó defender la Crimea, segun las circunstancias se presenten.

—Parece que ha sido designado como embajador de Austria cerca de nuestra corte, el príncipe Ricardo Metternich.

—El emperador de Austria acaba de levantar el secuestro de los bienes de los refugiados políticos lombardos Amici y conde Vittore Piatti.

—Siguen los periódicos prusianos relatando pormenores acerca del entusiasmo recibido que el rey ha tenido en su reciente viaje por las provincias del Rin, particularmente en Colonia.

—El ejército en Eupatoria sigue recibiendo refuerzos en grande escala, particularmente de caballería, así es que muy luego podrá emprender operaciones de trascendencia.

—Escriben con reciente fecha desde Trebisonda, que no escarmentados los rusos con el percance sufrido últimamente al frente de Kars, preparan otra envestida contra esta misma plaza.



La torre Federico Augusto, sobre la montaña de Rochlitz, en Sajonia.

—Hasta el 25 de Octubre nada habia ocurrido de particular entre Kinburn y Nicolaief. Kinburn ha recibido una guarnicion inglesa.

—El célebre viajero por el interior de Africa, doctor Barth, ha sido nombrado por la reina de la Gran Bretaña caballero de la orden del Baño.

—Parece que entre la Rusia y los Estados-Unidos hay en planta negociaciones internacionales de muy alta importancia, debiendo marchar á Wasington un embajador extraordinario del Czar.

—Escriben de Danzic que el día 26 de Octubre continuaba aun el grueso de la escuadra aliada del Báltico en las aguas del Narguen, sin saberse aun á punto fijo en donde tomará por fin su cuartel de invierno.

—Parece que los aliados intentan atacar á Cherson, para desde allí operar contra los rusos por retaguardia de Perekop. La línea del Dnieper constituirá, segun noticias, una nueva base de operaciones.

—Se sigue disfrutando en la mayor parte de los cantones de la Suiza un tiempo verdaderamente de primavera; así es que hay puntos en que se encuentran perales, madreselvas y otros arbustos en flor.

—Escriben de Viena, de que existen vehementes indicios que la campaña de los ejércitos aliados contra la Besarabia, comenzará aun durante el presente otoño desde la Moldavia y la Bulgaria.

—Ya debe haber marchado con direccion á Stokolmo el mariscal Canrobert, portador del Gran Cordon de la Legion de Honor para el rey de Suecia, llevando además la mision de decidir á ese gobierno á que se una por fin á la alianza de las potencias occidentales.

—Oficiales rusos que en el malogrado asalto de Kars cayeron prisioneros, aseguran que esta operacion habia sido emprendida por orden expresa llegada de San Petersburgo.

—Escriben de París que en los círculos bien informados de aquella capital sigue á la orden del día la noticia de que los rusos evacuarán la Crimea, y verificado lo cual, regresará gran parte del ejército á Francia.

—El señor de Prokesch ha sido ya oficialmente nombrado embajador de Austria en Constantinopla, reemplazándole en el puesto de presidente de la Dieta Germanica, el Conde de Recheberg.

—Leemos en la *Gaceta militar de Viena*: Grande es la actividad que en Nikolaiéff despliega el gran duque Constantino, pues ya desde las cinco de la mañana se halla en los astilleros de Spossofta para presenciar los trabajos. Allí se ponen los buques á flote, y en él hay en el mismo punto tres vapores completamente terminados. Para uno de ellos, á saber, el *Vitjas* (Héroo) se ha empleado la máquina del vapor inglés *Tigre*, naufagado, como es sabido, en las aguas de Odessa. Dos de estos buques deben armarse con 36, y el tercero con 42 cañones. Hay en construcción otros dos buques de primera clase: uno, el *Nachimoff*, de 130, y otro de 120 cañones. Además se construyen hasta 500 chalupas cañoneras.

Economía política. Un decreto del emperador de los franceses abre para el Ministro del Interior un nuevo crédito de un millón de francos además de los 1.400.000 anteriormente decretados para subvenir á los gastos de la Esposicion universal.

—El capital que tiene ya el Banco de hipotecas de Viena asciende á 35 millones de florines. (un florin de Viena 10 reales y ocho maravedises). Compónese de 50.000 acciones de 700 florines cada una, habiendo quedado señalado el día 1.º de Noviembre para el pago del primer dividendo de estas nuevas acciones.

—Parece que el gobierno austriaco ha roto sus negociaciones con la sociedad francesa del *Credit mobilier*, para el establecimiento de crédito que se acaba de fundar en Viena, dando por fin la preferencia á la casa cosmopolita de Rotschild, asociada á las familias mas distinguidas y ricas de la monarquía austriaca.

—Escriben con fecha 27 de Octubre de Viena que la concesion del Banco industrial la ha obtenido el baron de Rotschild y el príncipe de Furstenberg.

—Leemos en un periódico de Berlin que corre el rumor que la Rusia en sus apuros financieros se propone ceder á los Estados-Unidos en la cantidad de 24 millones de rublos de plata sus posesiones en América, y de conferirles además ventajas comerciales de consideracion.

—Como prueba palpable de bien estar interior téngase presente que las contribuciones indirectas importaron en Francia en los primeros nueve meses del presente año 699.780.000 francos; es decir 81.055.000 mas que en el propio periodo del año anterior. Contribuyeron para esto los impuestos exhibidos en virtud de la ley de 14 de Julio y 5 de Agosto del año próximo pasado, con la cantidad de 12.268.000 francos, de manera que siempre queda todavía un aumento efectivo de 68.787.000 francos. Con los 60 millones de francos librados á consecuencia del último empréstito, por la casa de Rotschild, y que ingresaron en las arcas del Banco, han mejorado la situacion de este establecimiento, pero sin embargo subsiste la crisis monetaria.

Obras públicas. El coste total de las obras del canal de Suez sube, según cálculo concienzudo de Lesseps, en suma redonda, á 185 millones de francos. De esta cantidad vienen á corresponder 162 y medio millones al capital necesario para la ejecucion de las obras y el resto para cubrir los réditos del mismo durante los seis años que se emplearon para llevarlas á cabo. La distribucion de los trabajos para los seis años fué como sigue: Año 1.º—Con 20.898 trabajadores, obras de tierra de 12.339,384 metros cúbicos. Gastos, 12 millones de francos. Año 2.º Con 30.000 trabajadores, union de Suez con el lago salmario Timsah, así como con el Nilo, además construcción de los Molos (diques) en el puerto de Suez. Gasto en este año 25 millones. Año 3.º Union del lago Timsah con el Mediterráneo y construcción del molo. Número de trabajadores 20.000. Gastos 30 millones. Año 4.º Obras de revestimiento y muelles, desmontadura de los campos para disponer su cultivo. Año 5.º y 6.º Se terminaron todas las obras y con un par de miles de obreros menos. Gastos para cada uno de estos dos años 31 millones de francos.

Relativamente á la abreviacion de la vía marítima que resulta con este canal para con las principales plazas mercantiles de la tierra se hace el cálculo siguiente:

	DISTANCIA HASTA BOMBAY (en leguas).		
	Por Suez.	Por el Cabo de Buena Esperanza.	Diferencia á favor del canal.
Constantinopla	1,800	6,100	4,300
Malta	2,062	5,800	3,776
Trieste	2,340	5,960	3,620
Marsella	2,374	5,650	3,276
Cádiz	2,224	5,200	2,976
Lisboa	2,500	5,350	2,850
Burdeos	2,800	5,650	2,850
Havre	2,824	5,800	2,976
Londres	3,100	5,940	2,850
Liverpool	3,030	5,900	2,850
Amsterdam	3,100	5,950	2,860
San Petersburgo	3,700	6,550	2,850
Nueva-York	3,761	6,200	2,439
Nueva-Orleans	3,724	6,450	2,726

Bella sartes. Cárlos de París, distinguió el pintor romano, ha terminado un cuadro de grandes dimensiones, representando al Sumo Pontífice Pio IX en el momento en que su vuelta de Pórtici el 12 de Abril de 1850 recibía de manos del Senado las llaves de la ciudad. Todos los retratos de los personajes que rodean al Papa son originales. Este cuadro ha sido pintado á espaldas del duque Scotti di Milano, quien lo destina á adornar su palacio en la capital de la Lombardia.

Medicina. Un ciego, que con el uso del geranio robertiano recobró la vista, aconseja en una obra que despues ha publicado, á que todos los privados de la vista lleven constantemente un pequeño atado de esta hierba sobre la nuca, renovándole tan pronto como se seque, asegurando que otras muchas personas habian conseguido así como él, el curarse totalmente de la ceguera.

—En Marsella háñsele desgraciado al homeópata doctor Charge de 26 coléricos 24; mientras que al propio tiempo en otra sala de 25 atacados y tratados alopatómicamente solo murieron 11 enfermos.

Necrologías. Federico, Pablo, Guillermo, príncipe de

Nasau, nacido en 23 de Setiembre de 1854, ha muerto en la noche del 24 de Octubre próximo pasado, del sarampion.

—El mayor general del ejército prusiano Federico Luis Engels, gobernador de Colonia; de 1809 á 1810 entró con las tropas del gran ducado de Berg en España, en 1812 en Rusia, y que en 1814 entró al servicio de la Prusia, ha fallecido á la edad de 64 años el día 26 de Octubre último.

—Hartmeyer, propietario del periódico titulado el *Noticiero de Hamburgo*, ha fallecido en edad muy avanzada dejando una fortuna bastante considerable.

—Sir William Molesworth, ministro de Colonias de Inglaterra; nacido en Londres año de 1810, hijo de una familia muy acomodada en Coruwallis, la que ya durante el reinado de Guillermo III, obtuvo el distinguido título de Baronet, que hizo sus estudios preferentemente en las universidades de Alemania, desde 1832 miembro de la Cámara de los Comunes y desde 1852 consejero de la corona, uno de los hombres de estado mas eminentes de la Gran Bretaña, ha dejado de existir el 22 de Octubre, en Londres, á consecuencia de un ataque fulminante de gota.

—El día 22 de Octubre, hallándose en su quinta de Yorkshire ha fallecido á la edad de 54 años John Stuart Wortley lor Warncliffe.

—Ernesto Platner agente diplomático del rey de Sajonia cerca de la corte de Roma, nacido en 1773 en Leisik, hijo del célebre fisiólogo y filósofo de la universidad de aquella ciudad, en un principio pintor y establecido hace 50 años en Roma, dedicado preferentemente á las letras, colaborador de la descripción de Roma por Bunsen, ha fallecido en aquella capital el día 14 de Octubre.

—Ha sucumbido á consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Tschernaia, el general Montevecchio, jefe de una division del ejército auxiliar sardo en la Crimea.

POLÍTICOS DE ANTAÑO Y POLÍTICOS DE OGAÑO.

como á nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor. (JONJE MANRIQUE).

Descontenta la humanidad con todo lo presente, ó se entretiene y alimenta con recordar lo pasado, ó se hace mil ilusiones con lo porvenir. Por eso siempre habla de la *felicidad*, la *diversion* y el *goce* en pretérito ó en futuro: pocos, poquísimos dicen: *soy feliz, gozo, me divierto*; mientras se encuentran muchos que exclaman: ¡Qué feliz era yo en tal época! ¡cuánto gozaba entonces!... ¡Qué vida tan divertida he pasado!... Otros por el contrario, conjugan todos estos verbos en futuro: *seré feliz, gozaré, me divertiré*. Los primeros han olvidado que esas mismas épocas que ahora recuerdan con tanto entusiasmo, fueron para ellos de fastidio y desesperacion: los segundos no piensan en que rara vez se realizan del todo los proyectos que se forman para el porvenir, y que aun cuando así suceda, tal es la condicion humana, que jamás el deseo se encuentra satisfecho; de todo lo cual deducimos nosotros que la *diversion*, el *goce* y la *felicidad*, son para una gran parte del género humano un *recuerdo*, para otra una *esperanza* y para muy pocos una *realidad*. Lo que acontece comunmente al tratar de divertirse, gozar ó ser feliz, sucede muy particularmente en la vida política de las naciones. Siempre lo presente es lo peor, al decir de algunos, mientras otros ven allá en lontananza tales cambios y transformaciones en el organismo social del mundo, que á la vuelta de unos cuantos años van á ser tales las dichas y bienandanzas de que va á gozar el género humano, que el que al presente se muera del cólera debe maldecir *in articulo mortis* á este *fatídico romero del Ganges* que á tan mal tiempo ha venido á cortar el *estambre de su vida*.

Dejaremos soñar á los segundos cuanto les venga á cuento, puesto que al fin y al cabo cada cual está en su derecho de pronosticar lo que se le antoje ofreciendo montes y montañas: con los profetas políticos sucede lo mismo que con los que redactan el calendario, que con poner al fin de sus pronósticos Dios sobre todo termina toda responsabilidad; pero diremos algo de los primeros, quienes se empeñan en pintarnos lo pasado como lo mejor, sin otra razon sin duda, que porque no existe. Les sucede lo que á los viejos; todos han sido muy buenos mozos, muy afortunados en sus amores y conquistas, y sobre todo mas virtuosos, aplicados al estudio, y económicos que los jóvenes á quienes se lo cuentan. Cualquiera que los oiga, y no conoza el corazón humano, creerá que de cuarenta años á esta parte el hombre ha sufrido, por aquel famoso arte de *birli birloque*, tal transformacion en todo su ser, que si vinieran de repente al mundo Quevedo, ó cualquier otro cortesano del tiempo de Felipe IV les pareciera la generacion presente una nueva especie de *Titis ó Guacamayos*.

Los políticos de antaño hácese lenguas para elogiar épocas que la historia suele tratar poco benevolentemente para que deseemos volver á ellas. Todos sus escritos y discursos hállanse atestados de palabras apologeticas para lo que pasó: sucede con las situaciones políticas lo que con los hombres: todas las alabanzas son para cuando han muerto. Los republicanos nos hablan de Esparta, Atenas y Roma, no obstante que allí el *individo* era tan solo una *cosa* sin voluntad ni derecho propio. Los ultramontanos recuerdan llenos de entusiasmo la época de aquel célebre papa que se llamaba *Servo de los servos de Dios*, y tan solo abrigaba la modestísima y humildísima pretension de dominar el mundo... Los monárquicos puros (vulgo absolutistas nos traen con frecuencia á colacion los reinados de muchos piadosísimos reyes, bajo cuya suave dominacion se convertian anualmente en chicharrones algunos centenares de hombres para solemnizar cualquiera fiesta real como en tiempos del católico y cristiano don Felipe II.

A tales apologetas de lo antiguo quisiéramos trasladar los nosotros como por magia á la época en que tantos encantos hállan: nos agraríamos verlos en aquella dichosa España que consumia sus tesoros, y la sangre de sus hijos mas predilectos en las mas sangrientas guerras donde solo se sustentaban cuestiones de vanidad y ambicion personal de aquellos reyes, señores de vidas y haciendas. Entonces que se asesinaba de real órden, como á Escobedo y despues al conde de Villamediana, y se apoderaba el gobierno *motu proprio* de la fortuna de

los particulares, y de las rentas eclesiásticas, se rompía, la fé de los contratos no pagando á los acreedores del Estado, y se imponian las mas exorbitantes contribuciones con menos precio de los fueros y libertades de los pueblos y ciudades, debian los españoles gozar de tales y tan estupendas felicidades, que seria una dicha vivir en un país donde no habia mas ley ni derecho que la voluntad del monarca.

Nosotros sentimos muchísimo que hombres tan aficionados á lo antiguo no puedan disfrutar de ello, y si en nuestra mano estuviera tendríamos el mayor placer en poderlos proporcionar, la misma legislación, y los mismos usos y costumbres de tan dichosas épocas. Veríamos con el mayor gusto establecidos, para ellos solo por supuesto, el justo y equitativo tribunal del santo oficio; la santa hermandad, y la censura previa en la imprenta; organizada la administracion pública como entonces, cerrados los teatros, suprimido el alumbrado de gas para que cada vasallo lleve su correspondiente linterna y fuese trompando, y cayendo por esas calles de Dios sin aceras y pésimamente empedradas. Nada de viajar en ferro-carril, diligencias ni sillas de posta: se establecerian las *comodísimas y velocísimas* literas, y al cabo de seis meses, sino habia algun contratiempo, podría llegar cualquiera á París: arreglaríamos finalmente por este estilo todo lo demás que tiene relacion con la vida pública y privada de lo individuos tal y como estaba en tan dichosos, afortunados y nunca bastante elogia los tiempos.

Y aquí nos ocurre referir cierto hecho, de cuya verdad histórica no respondemos; pero que creemos viene muy á pelo, como suele decirse.

Cuando por la muerte del último monarca español, *el deseado*, la cosa pública tomó un rumbo diferente al que hasta entonces habia tenido, cuentan que en un pueblo de Castilla mandó el alcalde tocar á concejo, y al ver reunido todo el vecindario, le consultó sobre la marcha política y administrativa que deberían seguir en adelante: dividiéronse aquellos aldeanos en dos partidos: uno defensor acérrimo de todo lo que habia existido; y otro que pedia reformas en la administracion y ciertos derechos de qué gozar. Armóse tal zipzape en aquel homeópatico congreso, que no pudiendo acordarles en carrera el alcalde, decidió de plano aquel *litis* acordando: que á los aficionados á lo antiguo, se les regiría y gobernaría como antes; mientras á los demás se les otorgarían los derechos y libertades que pedian.

Al siguiente día apareció en una de las columnas de las Casas Consistoriales un bando redactado como en los tiempos de Calomarde, en el cual se prohibía á los partidarios del antiguo régimen; *reunirse mas de tres, hablar ni conferenciar sobre cosas políticas, andar por el pueblo despues de las ocho de la noche, coger el fruto de sus propiedades sin licencia del alcalde*, y otra porcion de cosas por este estilo, que no queremos nombrar, y que podian hacer los otros vecinos según y conforme les viniera á cuento, aunque sin perjuicio de tercero.

Al poco tiempo los defensores del antiguo régimen renegaban de su eleccion.

Nosotros quisiéramos poder hacer con ciertos políticos de ogaño que abogan en favor de sistemas y gobiernos que ya pasaron, lo que el alcalde antes citó; les gobernaríamos con las mismas leyes que ellos hicieron aplicándose las *ad pœden literæ* y estamos seguros que despues de conocer la *bondad* de ellas no solo habian de renunciar con gusto á lo pasado, sino que hasta les habia de parecer muy bueno lo presente.

EL BARON DE ILLESCAS.

ANALES

DE LA

GUERRA DE ORIENTE.

OPERACIONES MILITARES Á ORILLAS DEL TSCHERNAIA.

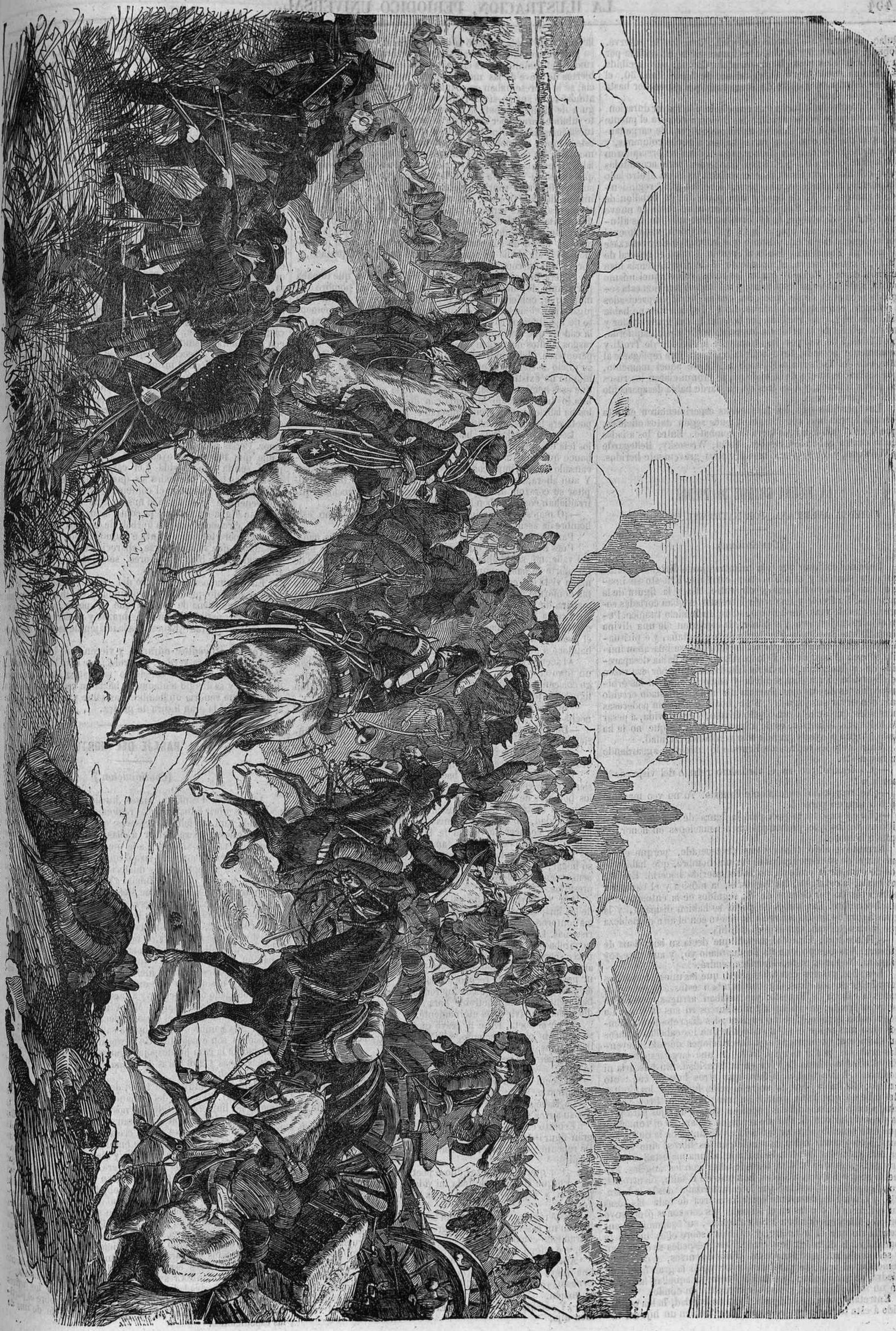
El ataque emprendido por los rusos en la noche del día 16 de Agosto contra las líneas del Tschernaia, terminó con una victoria brillante para las armas aliadas. Hacia ya muchos días que estos tuvieron indicios vehementes de que los rusos intentaban un ataque contra dichas líneas. Las posiciones que los aliados ocuparon en este punto fueron excelentes, y en todo su desarrollo perfectamente escudadas por dicho rio y un canal ó acequia que constituye un segundo obstáculo. Ocuparon las tropas francesas el centro y á la izquierda, que se apoyaba contra la alta meseta ó plataforma de Inkerman. A escepcion de unos cuantos malos vados, hay dos puentes que dan paso á este rio y el canal, el uno en Tschorgun, rio abajo, dominado por la artillería piemontesa, el otro el de Tractir, que se hallaba en el centro de las posiciones francesas. Si de estas posiciones se dirige la mirada á la opuesta orilla del Tschernaia-Ryetschka, se descubren por la derecha las alturas de Chulion, que mas abajo de Tschorgun terminan en una pendiente rápida contra la línea del Tschernaia-Ryetschka, entendiéndose despues hasta las faldas peñascosas de la meseta de Mackenzie una llanura de tres á cuatro kilómetros de ancho.

Cruza este llano la carretera que de Mackenzie va al Tschernaia-Ryetschka, pasando por el puente de Tractir, y desde este punto por las posiciones francesas á la llanura de Balaklava. La vigilancia en toda la línea francesa habia sido muy esquisita. Los turcos, que tenian ocupadas las alturas de Balaklava, observaron á Alsu, y el general Allonville hizo lo propio en el valle superior del Baidar. En la noche del 15 al 16 dió el general Allonville parte de que notaba algun movimiento en el campo enemigo; y efectivamente, no pasó mucho tiempo cuando favorecido por la noche, avanzó el grueso del ejército moscovita, descendiendo de las alturas de Mackenzie, y viniendo por la parte de Ai-Todor hasta el mismo Tschernaia-Ryetschka. A la derecha atravesaron las divisiones número 7, 5 y 12 el llano, siguiendo por la izquierda el movimiento la 17 division, una parte de la sesta y de la cuarta con direccion á la alta meseta del Chulion. Apoyaron estas respetables masas de infantería una muy numerosa caballería, juntamente con 160 piezas de campaña. Al romper el alba retiráronse los puestos avanzados del ejército piemontés que habian hecho el servicio de guerrilla hasta las alturas de Chulion, anunciando que el enemigo avanzaba con formidables columnas. Efectivamente,

de allí á poco emplazaron los rusos sus piezas de posicion sobre las alturas de la orilla derecha del Tschernaia-Ryetschka, y rompieron el fuego. El general Herbillon, que mandaba las tropas francesas en este punto, se habia ya dispuesto para el ataque, y lo propio el general Lamarmora. Al propio tiempo tomó posicion la division de cazadores de Africa al mando del general Morris, con la cual se habia unido rápidamente la numerosa caballería inglesa, mandada por el general Scarlett, después de las colinas de Kamara y Tractir. El coronel Forgeot, comandante de la línea del Tschernaia-Ryetschka, tenia dispuesto una reserva de seis baterías montadas. Seis batallones turcos prestaron su cooperacion. Las divisiones Levillant y



Entrada de la reina Victoria á la galea de los Espejos, en Versalles, día 25 de Agosto.



Dulac, juntamente la guardia imperial, formaron la reserva. Sobre la extrema izquierda de los franceses fué acometida por la sétima division rusa, la que mandaba Camou; pero recibida la columna enemiga por el regimiento de línea núm. 50, el tercero de zuavos y el 82 de línea, tuvo que retroceder hasta mas allá del canal.

En el centro fué la lucha mas empeñada y de mayor duracion. Habian los rusos hecho avanzar dos divisiones contra el puente de Tractir, y á la vez vinieron marchando á paso de carga tanto por el puente como por varias balsas, algunas columnas, y despues de haber tambien franqueado el canal se precipitaron finalmente contra las posiciones francesas; pero acometidas estas columnas con teson, fueron rechazadas hasta al otro lado del puente, en donde seguian persiguiéndolas el 2.º regimiento de zuavos, el 97 de línea y una parte del 19 batallon de cazadores franceses. Entre tanto formaron los rusos de nuevo sus columnas de ataque, la 19 division descendió de las alturas del Chulion para apoyar la 12 y 5 division, visto lo cual por el general Herbillon, dispuso que la brigada Cler reforzase al general Foucheux, dando al propio tiempo al general de Faily, y como reserva, el regimiento 73 de línea. Además hizo jugar el coronel Forgeot contra los rusos, sobre aquel mismo punto, siete baterías montadas, y así fracasó tambien esta segunda acometida de los rusos, los cuales se vieron precisados á retirarse, con notables pérdidas. La 17 division rusa no habia sido mas feliz, pues recibida por la brigada del general Cler y media batería de la artillería impecial, sobre el ala izquierda, hostilizada á la vez por las tropas de la division de Trotti y tenazmente acosada, tuvo aquella division que repliegarse al otro lado del Tschernaia-Ryetschkar. Desde aquel momento, que serian las nueve de la mañana, se pronunciaron los rusos en plena retirada, y á las tres de la tarde habia desaparecido todo el ejército ruso.

Las pérdidas que los moscovitas experimentaron en esta jornada fueron muy considerables, pues segun datos oficiales, quedaron 7,000 hombres fuera de combate. Entre los aiaidos hubo cuatro generales, á saber: Read, Wresosky, Bellegarde y Weimarn, y otros cinco mas ó menos gravemente heridos.

LA FIGURA GRANDE DE PIEDRA.

LEYENDA AMERICANA, POR NATHANIEL HAWTORNE.

(Conclusion.)

Debemos confesar que á la primera ojeada dirigida á la figura que sonreía y saludaba en el carruaje, Ernesto se imaginó que habia cierta semejanza entre ella y la figura de la montaña. Su frente y las demás facciones estaban cortadas sobre un modelo mas que heróico, sobre un modelo titánico. Pero el aire majestuoso y sublime, la espresion de una divina simpatía que iluminaba á la figura de la montaña, y e-piritualizaba el duro granito de que est ba formada, se buscaban inútilmente en el hombre de Estado. Alguna cosa habia desaparecido de su fisonomía, ó le habia faltado siempre; por esa razon se observaba cierta cosa sombría y como fatigada en las órbitas profundas de sus ojos. Parecía un niño demasiado crecido para conservar sus juguete, ó un hombre lleno de poderosas facultades que anhela un objeto frívolo, y cuya vida, á pesar de todos sus esfuerzos, es de ningun valor, porque no le ha dado ningun proyecto grande una verdadera realidad.

Entró tanto los vecinos de Ernesto le codeaban aguardando su respuesta.

—¡Cofesadlo! ¿no es el verdadero retrato del viejo de la montaña?

—¡No! respondió bruscamente Ernesto. Yo no veo mas que poco ó ningun parecido.

—¡En ese caso tanto peor para la figura de la montaña! repitió un vecino que prorumpió en aclamaciones en honor del grande hombre.

Ernesto se alejó triste y casi desesperado, porque era el mas cruel de sus desengaños el ver un hombre, que habiendo podido cumplir la profecía, no habia querido hacerlo. En este intervalo, la cavalgata, las banderas, la música y el carruaje, habian pasado por delante de él, seguidos de la entusiasta muchedumbre. Las nubes de polvo se habian disipado, y la gran figura de piedra aparecía de nuevo con el aire de nobleza que la caracterizaba tantos siglos habia.

—¡Héme aquí, Ernesto! parecía que decia su boca llena de dulzura. Mas tiempo que tú he guardado yo, y aun no estoy cansada. No temas nada, el hombre vendrá.

Los años pasaron con tal rapidez, que los unos pisaban los carcañales de los otros. Ya comenzaban estos á sembrar de canas la cabeza de Ernesto; ya trazaban arrugas venerables sobre su frente; ya abrian algunos surcos en sus mejillas. La vejez habia llegado, pero no en vano; los discretos pensamientos eran mas numerosos en su mente que los cabellos blancos en su cabeza; sus arrugas eran inscripciones de sabias leyendas grabadas por el tiempo, fruto de una larga esperiencia. Ernesto habia cesado de vivir en la oscuridad. Sin buscarla ni codiciarla, habia venido la fama que otros buscan con tanto anhelo; ella habia llevado su reputacion fuera de los límites del valle en que habia pasado su tranquila vida. Profesores y ciudadanos de las ciudades populosas venian de lejos para verlo y conversar con él. Porque se habia esparcido el rumor de que este sencillo labrador tenia ideas distintas de la de los demás, ideas que no habia aprendido en los libros, sino bebido en mas preciosas fuentes. Reinaba en él una majestad dulce y tranquila, como si hablara todos los dias con los ángeles. Ernesto acogía á todos, á sábios, hombres de Estado, filantropos, con la apacible sinceridad que lo caracterizaba desde la infancia, y discurría libremente con e los acerca de todas las cosas superficiales ó ocultas en el seno de sus corazones ó del suyo propio. Mientras duraban estos coloquios, su fisonomía se encendía sin que él lo notase, y esparcía sobre ellos un reflejo parecido á la dulce luz de la tarde. Sus huéspedes se despedían y se marchaban meditando sus sábios discursos, y cuando al remontar el valle, se paraban á contemplar la gran figura de piedra, se imaginaban que habian visto ya aquellas facciones en un rostro humano, pero no recordaban en dónde.

Entretanto, una providencia, llena de bondad, habia concedido á esta tierra un nuevo poeta. Era tambien un hijo del va-

lle, pero que habia pasado la mayor parte de su vida lejos de su pintoresca región, derramando su armonía en medio del ruido y el tumulto de las ciudades. Sin embargo, los picos cubiertos de nieve de las montañas, que habian visto su infancia, se le representaban en su imaginacion en medio de la pura atmósfera de sus poesías. Tampoco habia olvidado la gran figura de piedra; el poeta la habia celebrado en una oda bastante sublime para haber salido de la propia boca de esta majestuosa imágen. Bien podemos decir que el cielo habia dotado á este hombre de poderosas facultades. Cuando cantaba una montaña, los ojos de los hombres descubrian sentada en su falda, ó levantándose hasta su cima una grandeza mas sublime que antes. Si su tema era un lago encantador, estendía sobre su superficie una sonrisa celestial inestinguible. Si cantaba la inmensidad del Océano, sus olas parecían que se levantaban al impulso de sus versos. Apenas fijaba el poeta los ojos en algun punto del universo, tomaba éste un aspecto nuevo y mas ventajoso. El Criador lo habia enviado al mundo como la última y la mejor de sus obras. La creacion no se habia perfeccionado hasta el dia en que el poeta la habia interpretado, y por decirlo así completado.

No era menos gracioso ni menos bello el dia en que tomaba por asunto de sus cantares á sus semejantes. El hombre ó la mujer que, cubierto de polvo cruzaba su camino y el niño que jugaba por el suelo, eran glorificados si los veía en un momento de inspiracion. El revelaba entonces los anillos de oro de la cadena que los unía con los ángeles; él hacia resaltar los rasgos ocultos del origen celeste que los hacia dignos de aquel parentesco. Habia individuos que creian probar la rectitud de su juicio sosteniendo que la belleza y la majestad de este mundo no existía mas que en la imaginacion del poeta. Pero que esos hombres no hablen mas que de sí mismos; la naturaleza los ha producido sin duda con disgusto y desprecio; ella los ha fabricado una arcilla miserable. Para los demás, el ideal poeta era la misma realidad.

Los cantos del poeta habian llegado á oídos de Ernesto. El los leía despues de sus tareas acostumbradas, sentado sobre el banco que habia á la puerta de su cabaña, donde habia descansado tanto tiempo contemplando la gran figura de piedra. Y aun ahora, despues de leer algunos versos que hacían palpar su corazón, dirigía los ojos á las grandiosas facciones que irradiaban con tanta bondad sobre él.

—¡O majestuoso amigo! murmuraba, ¿no es digno este hombre de asemejársese!

Parecía que la figura se sonreía, pero no contestaba nada. Pues bien, parece que el poeta, aunque vivía muy lejos del valle, no solo habia oido hablar de Ernesto, sino que de tal suerte se habia ocupado de él, que nada apetecía tanto como la vista de este hombre, cuya vida simple y pura estaba tan conforme como la sabiduría de sus discursos. Por eso una mañana de verano tomó camino de hierro, y por la tarde se apeó cerca de la cabaña de Ernesto. La gran posada, antiguamente palacio de Amassor, estaba cerca del embarcadero; pero el poeta, con su saco de noche en la mano, se informó de la habitacion de Ernesto, decidido á ser su huésped.

Al acercarse, encontró al buen anciano ante la puerta con un libro en la mano, leía alternativamente una estrofa, y luego colocando el dedo entre las hojas, miraba con pasion la gran figura de piedra.

—Buenas tardes, dijo el poeta. ¿Podeis dar hospitalidad esta noche á un viajero?

—De buena gana, respondió Ernesto; y luego añadió sonriéndose:

«Me parece que no he visto jamás á la gran figura de piedra mirar á un extranjero con tanta benevolencia.»

El poeta se sentó en el banco junto á él, y los dos se pusieron á conversar. Muchas veces habia hablado el poeta con los hombres de mas talento y sabiduría, pero nunca con uno en quien brotaban los sentimientos y las ideas con tanta espontaneidad, no necesitando mas que pronunciar una palabra para dejar conocer la verdad de lo que decia. Como lo hemos repetido, —y el poeta lo creía tambien, —parecía que los ángeles habian trabajado con Ernesto en el campo, y sentándose en su hogar; viviendo con ellos íntimamente habia adquirido sus pensamientos sublimes y una dulce y sencilla manera de espresarlos.

Por su parte, Ernesto se sentía conmovido con la viveza de las imágenes del poeta, que, saliendo de su pecho, poblaban los contornos de la cabaña de bellas figuras á la vez serias y risueñas. La simpatía que existía entre estos dos hombres, les inspiraba una sabiduría profunda que no hubieran podido conocer solos. Sus inteligencias acordes producian una deliciosa armonía, que no hubiera pertenecido á ninguno de los dos, ni hubieran tampoco reconocido la parte que cada uno tenia en ella. Mútuamente se condujeron á un recinto de su alma, hasta entonces impenetrable para ambos, tan bello, que los dos deseaban vivir en él eternamente.

Al oír al poeta, Ernesto creyó que la gran figura de piedra se inclinaba para escucharlo, y fijó él sus miradas en los brillantes ojos del poeta.

—¿Quién sois vos, huésped, tan ricamente dotado? preguntó él.

El poeta colocó el dedo sobre el volúmen que tenia Ernesto en la mano.

—«¿Habéis leído ese libro? pues ya me conocéis... porque yo soy su autor.»

Ernesto examinó de nuevo las facciones del poeta, miró la gran figura de piedra, luego con incertidumbre á su huésped. De repente se oscureció su semblante, sacudió la cabeza y suspiró.

—¿Por qué esa tristeza? dijo el poeta.

—Porque he esperado toda mi vida el cumplimiento de una profecía, y leyendo vuestras obras creí que se realizaria en vos.

—Esperábais, repuso el poeta sonriendo, esperábais descubrir en mí la semejanza con la gran figura de piedra, y os veis defraudado como lo habeis sido con Amassor, Trueno-y-Sangre, y Antigua cara de piedra. Si, Ernesto, tal es mi suerte.

Añadid mi nombre á esos tres nombres ilustres, y asentad una nueva decepcion. Porque lo digo con rubor y tristeza; Ernesto, yo no soy digno de ser copia de esa dulce y majestuosa imágen.

—¿Y por qué no? preguntó Ernesto. Y mostrando el volúmen dijo:

«¿No son divinos estos pensamientos?»

—Tienen un reflejo divino, contestó el poeta. En ellos parece oír el eco de un cántico celeste. Pero mi vida no ha sido parecida á mis ensueños. Yo he tenido ensueños grandiosos, cosas viles y bajas. Y á veces. —¿me atreveré á decirlo? —me falta la fé en la grandeza, la bondad y la belleza que revelan mis versos, segun dicen. ¿Por qué, pues, tú, que buscas lo bueno, lo bello y lo verdadero, creías encontrar en mí esa divina semejanza?»

El poeta hablaba con tristeza, y sus ojos, como los de Ernesto estaban humedecidos con lágrimas.

Al ponerse el sol, Ernesto debia, segun su costumbre, dirigir un discurso á sus vecinos. El poeta y él se dirigieron conversando al sitio donde se celebraba la reunion. Era una cavidad entre dos colinas, apoyada en una roca perpendicular, cuyo árido aspecto estaba compensado por el verdor y el follaje de una multitud de plantas enredaderas que la adornaban, y suspendian sus guirnaldas en todas sus sinuosidades. A unos cuantos piés del suelo, cercado de verdura, habia una especie de nicho, bastante espacioso para permitir la accion que acompaña los nobles pensamientos y una emocion sincera. A esta cátedra, formada por la naturaleza subió Ernesto. Como siempre dirigió una mirada de benevolencia y amistad á sus oyentes que estaban en pié ó tendidos sobre la yerba, secasi horizontalmente, y confundian su templado resplendor con la sombra solemne de los añejos árboles, por cuyas ramas penetraban. En direccion distinta se veía la gran figura de piedra brillando con el mismo aire solemne y majestuoso.

Ernesto comenzó su discurso, y dijo á auditorio lo que sentía y pensaba. Sus palabras tenian poder, porque estaban acordes con sus pensamientos, y sus pensamientos eran profundos y reales, porque estaban en armonía con su vida cotidiana. No eran solo sonidos salidos de su boca, sino palabras de vida, resumen de otra vida llena de buenas obras y de santo amor. Perias preciosas habian sido disueltas en el licor saludable que bebían sus oyentes. A medida que escuchaba el poeta, sentía que la vida y el carácter de Ernesto eran un poema mas bello que todos los que él habia escrito. Sus ojos se llenaron de lágrimas; él contempló con respeto aquel hombre venerable, y se dijo á sí mismo, que nunca habia habido cosa tan digna de un profeta como aquel semblante lleno de dulzura, circundado de una aureola de cabellos blancos. En lontananza, pero todavia distinta é inundada por la dorada lumbr del sol que vá á perderse, aparecía la gran figura de piedra, rodeada de blancos vapores, semejantes á los cabellos de Ernesto.

En este momento el rostro del orador, simpatizando con un pensamiento que iba á pronunciar, se iluminó con una grandeza tan llena de bondad, que el poeta, movido por un impulso irresistible, levantó los brazos y exclamó:

—¡Mirad! ¡mirad! ¡Ernesto es la imágen de la gran figura de piedra!

Todos los oyentes miraron y vieron que lo que decia el inspirado poeta era verdad. La profecía se hallaba cumplida... Pero Ernesto, habiendo concluido su plática, tomó la mano del poeta, y se dirigió lentamente hácia su cabaña, esperando siempre que vendria un hombre mas sabio y mejor que él, que se parecería á la gran figura de piedra.

EL PASAJE DEL NORTE.

(Continuacion.)

Así tal vez Franklin, cuyas huellas se siguen hoy, ha podido descubrir á distancia las regiones, cuya conquista estaba reservada para sus felices sucesores; quizá ha sucumbido en un heróico esfuerzo para arribar á ellas; quizá mientras manos amigas interrojan al hielo y á la nieve, y escudriñan la tierra y el agua para encontrarlo vivo ó muerto, tal vez se halle sepultado para siempre en los misterios del abismo, y entonces se puede decir de él con la Biblia: «Y Moisés, servidor del Señor, murió allí, en la tierra de Moab por orden del Señor; y él lo sepultó en el valle de la tierra de Moab... y nadie ha conocido hasta hoy el lugar de su sepultura.»

Por su parte, el capitán Mac-Clure, cuyo viaje referimos, ha visto á lo lejos su tierra, ó por mejor decir, su mar prometido. Desde lo alto de la montaña ha visto la ruta que comunicaba con el otro Océano, y que realizaba los sueños seculares de los navegantes. Pero el hielo le ha puesto una barrera invencible; y nosotros lo veremos, despues de esperar un año entero, obligado á retroceder y á buscar otra via.

Hemos dejado el capitán Mac-Clure con el Investigator anclado firmemente en el hielo, y decidido á pasar allí el invierno. Sus hombres tienen buena salud y buen humor; sus provisiones son excelentes. Un destacamento de la tripulacion ha traído de la caza los despojos ópinos de muchas cabras de almizcle, unas 1,296 libras de buena carne, lo cual es un precioso refuerzo.

Estamos en Octubre de 1850; de un salto nos ponemos en Abril de 1851. El diario del comandante salta estos seis meses como si no hubiera existido. No nos cansamos de admirar la sangre fria y el valor con que miran estos marinos meses ó años de inmutable prision; se podria creer que se duermen á fin de cobrar fuerzas para proseguir su empresa. A fines de invierno se les vé salir de su cama de nieve y hielo, y hacer sus preparativos para la campaña de primavera. Comienzan por dejar en uno de los islotes del canal una gran chalupa balleuera con provisiones para tres meses, con el objeto de que la tripulacion tenga un recurso extremo en el caso de que el buque se pierda hecho pedazos por los hielos. En seguida trasportan otra chalupa y una canoa de goma á la orilla de tierra firme para que los destacamentos enviados en excursion ó de caza tengan medio de volver á bordo, si el deshielo los aparta del buque. Concluidos estos preparativos, el comandante hace partir en medio de Abril tres expediciones á las órdenes del teniente Haswell, del teniente Cr-swell y del segundo M. Wynniatt.

Siendo una novedad la manera de navegar en los mares Árticos, no carecerán de interés algunos detalles sobre el particular. Dejaremos hablar al teniente Creswell, jefe de una de las expediciones:

«Ya sabreis, decía poco há en un *meeting*, que en un viaje de esta especie no se puede contar sino consigo mismo. El país no os ofrece nada, ni leña, ni carbon ni cosa alguna: y es preciso llevar consigo todo lo necesario. Hé aquí cuáles son por lo común nuestras disposiciones: llevamos un trino dirigido por ocho ó diez hombres: lo cargamos de provisiones, de tiendas y equipaje, con espíritu de vino y varios utensilios de cocina. Por lo general se llevan provisiones para 40 días: poco más ó menos de cien libras por hombre. Al dejar el buque mandamos durante diez ó doce horas; acampamos por la noche, ó mejor de día, porque es preferible andar de noche por la molestia que causa la reverberación del sol en la nieve. Viajamos, pues, diez horas de noche, luego encendemos espíritu de vino, ponemos la marmita para que se derrita la nieve, y después de hacer nuestra cena, compuesta generalmente de una ración de carne de caza y de un vaso de agua, nos damos por muy contentos con acostarnos después de fumar nuestra pipa. Lo primero que se hace después de haber plantado la tienda, es estender una cubierta de goma sobre la nieve, y encima de esta otra de piel de búfalo. Cada hombre tiene una cubierta cosida en forma de saco, y en ella se encierra. Nos acostamos unos al lado de otros, pero en forma inversa; los pies del vecino están junto á mi cabeza, justamente como las sardinas arenques en el barril. Después cubrimos todo con pieles, y cuanto más juntos nos ponemos, mejor conservamos el calor. Así pasábamos nuestras noches.»

Este expediente nos recuerda el que adoptaron los soldados ingleses en su célebre y desastrosa retirada del Afganistan en 1841, en la cual se hallaban también rodeados de nieve. Comenzaban barriendo cierto espacio de terreno, luego se acostaban en círculo, muy apretados los unos con los otros, los pies al centro, y después estendian todos los abrigos que tenían, y de esta suerte lograban sostener el calor. El teniente Creswell hizo así una escursión de un mes á lo largo de la tierra que se acababa de llamar Tierra de Baring, y pudo comprobar yendo hasta la bahía de Melville, que no era en efecto más que la continuación de la tierra de Banks. Se ve obligado á retroceder, porque dos de sus hombres estaban casi helados. Habían muerto un oso, y haciendo su autopsia encontraron en su estómago una mezcla de alimentos heterocitos que les dió mucho en que pensar; era un verdadero *arlequin* de pasas, tabaco, puerco, y en fin de hule.

Creyeran primero que uno de los otros buques de la expedición se hallaba también en aquellos parajes; buscaron, pues, y pasados algunos días descubrieron el secreto de la extraña comida del oso, encontrando una caja de viandas conservadas, iguales á las que habían sacado de su estómago. El teniente volvió á bordo el 24 de mayo: citamos la fecha, porque era el día de la reina, día que los ingleses no olvidan en ninguna parte. Perdidos en aquella vasta soledad, los fieles súbditos de la corona de Inglaterra desplegaron el pabellon nacional, y las salvas de artillería despertaron sin duda por primera vez los ecos de las tierras polares.

M. Winnialt volvió también con toda su gente en buen estado, después de haber vivido cincuenta días acampado. Este había investigado la tierra recientemente llamada del Príncipe Alberto, que es la continuación de la tierra de Wollaston. El penetró más adentro que todos por la parte del estrecho de Barrow. El 24 de Mayo de 1851 estaba en el punto extremo de su camino; y por una coincidencia singular, la víspera, otro oficial, el teniente Osborne, que formaba parte de la expedición enviada por el lado opuesto, por el estrecho de Davis, verificaba también un reconocimiento en la tierra de Wollaston, y se hallaba sin saberlo el 23 de Mayo de 1851, unas 20 millas marinas del *Investigator*. Algunas horas más ó menos los hubieran reunido.

El teniente Haswell por su parte había ido también á explorar la tierra de Wollaston, queriendo el comandante averiguar si, como lo sospechaba, formaba parte y no era más que una punta del continente americano, y no una isla. Cuarenta y dos días pasó en esta escursión, y á su regreso contó que había hallado una tribu de esquimales, pero que no había podido hacerse entender por ellos. El capitán partió entonces con el intérprete M. Miertsching á informarse.

Los esquimales, á quienes hallaron, respondieron sin dificultad á todas las preguntas. El capitán llevaba consigo una gran hoja de papel en la cual estaba trazada una línea que conducía de la figura del buque á sus tiendas, lo que comprendieron perfectamente. Ellos mismos continuaron la traza marcando muchos puntos de la costa; hablaron de una tierra grande, enfrente de Wollaston, que según el capitán, significa evidentemente la América. Pero estos esquimales no la conocen más que por otras tribus del Sudeste con las que comercian; ellos no han ido nunca; no poseen ningún artículo de manufactura europea; el uso del hierro no lo conocen, solo se sirven de cobre indígena. Es una raza de costumbres dulces, sencillas, pastorales; cuando se les enseñaron algunos regalos, no manifestaron ninguna avidez, y preguntaron qué debían dar ellos en cambio. Su lenguaje es el que se habla en la costa del Labrador. El capitán habla de este episodio en la carta de su hermana ya citada, y se indigna de que la Compañía de la bahía de Hudson abandone así estas tribus interesantes.

«Es vergonzoso, dice, que la Compañía no sepa nada de estas tribus, y que su carta de privilegio sea así una letra muerta, porque su monopolio no tiene otro título que sus esfuerzos para convertir gentiles. Pero parece que con tal que obtengan pieles, lo demás les importa poco. Misioneros inteligentes de la Groelandia, del Labrador ó de sus propios compatriotas, lograrían hacer comprender pronto el Evangelio á estos hombres sencillos, que se hallan ciertamente preparados para ello. Yo espero que nuestra escursión forzará á la Compañía de Hudson á tomar medidas para cristianizar á estas pobres gentes.»

El capitán Mac-Clure ha adquirido la convicción de que la tierra del Príncipe Alberto forma parte del continente americano, que las profundas y numerosas ensenadas que bordean sus costas hacen suponer la existencia de canales y de estrechos que en realidad no existen. Lo que confirmó su opinión fue que los esquimales de esta costa hablaban la lengua de los del estrecho de Hudson, al paso que los del cabo Bathurst, que había encontrado antes, hablaban un lenguaje muy corrompido.

La primavera fué empleada en estas interesantes escursiones. No obstante la estación avanzada y el hielo comenzaba á

perder consistencia. El teniente Creswell había hallado en su última correría témpanos de 15 á 20 piés que le lucieran cortado la vuelta, si no hubiera tenido consigo las barquitas de goma elástica, esas admirables canoas que solo pesan 25 libras y que se inflan cuando se quiere. Como la paloma vuelve á su nido, así volvian los viajeros dispersos á su arca tutelar; se recogian á bordo las chalupas y provisiones trasportadas á la costa; el buque se reparaba, y preparados para la buena como para la mala fortuna, aguardaban aquellos intrépidos marinos el deshielo sin saber dónde irian á parar, ó si quedarían sepultados allí. Dispuestos así á todo evento, animosos, y gracias á Dios, con excelente salud, su capitán termina de este modo esta parte de su diario:

«Ahora aguardamos con cierta ansiedad el quebrantamiento de estas formidables masas de hielo que nos rodean, y las consecuencias de este deshielo que no podemos menos de mirar con cierta aprensión.»

Y en verdad, que por resueltos que estuvieran, era lícita semejante aprensión. Los peligros corridos por ellos hasta este punto son nada comparados con los que los aguardan.

A principios de Julio comienza el hielo á removerse; luego cierto día se abre silencioso y repentinamente alrededor del buque, y lo deja nadando en su espacio estrecho. Pero como no puede romper las murallas que lo circundan, es amarrado al témpano enorme que ha sido su salvador durante diez meses y cuya suerte sigue todavía. Así flotan los dos durante muchos días; luego, dilatándose el hielo, el buque sale de su lecho, y como despliega el ave sus alas, el buque despliega sus velas tanto tiempo recogidas.

Un poco de viento les impele hácia el Nordeste, y el capitán espera por fin marchar al estrecho de Barrow y verificar su pasaje. Por desgracia el viento cae. El buque es de nuevo amarrado á un hielo, pero contra él avanzan masas de hielos colocados en batalla. Estas formidables catapultas se estrellan con violencia en el hielo que lo lleva, y lo hace pedazos de catorce á quince piés. El choque suena como el ruido de un trueno lejano, y el buque tiembla como bajo la detonación de un volcan. Pero aun resiste milagrosamente protegido por el hielo que lo soporta. Sigue su curso lenta y laboriosamente, ya con las velas, ya á fuerza de brazos, y esto por espacio de mas de un mes.

En medio de Agosto estaba á 25 millas de la embocadura del canal, casi tocaba al término apetecido, pero la corriente fatal que arrastra los hielos le hace retroceder. Para salir del témpano sólido en que se hallaba como sepultado el capitán se decide á hacerlo saltar. En el centro de esta masa, que tiene once piés de espesor y cuatrocientas varas de circunferencia hace poner 36 libras de pólvora. El hielo se quiebra y estalla por todas partes; el buque separado costea por el agua libre remolcado á veces por la tripulación para remontar la corriente. ¡Vanos esfuerzos! Se va mañana se disipa la niebla, y de lo alto de los mástiles solo se ve un muro invencible; el pasaje está interceptado en toda su estension; la muralla por todas partes.

Se acabó, es menester renunciar á esa larga esperanza, es preciso decir adiós á ese sueño casi realizado. ¡Qué gran sacrificio debió de ser el abandonar esa conquista á tanta costa comprada en el momento en que iba á realizarse! Pero no se desanimó, y el camino que se les cierra por un lado, vamos á ver cómo lo buscan por otro. Aquí empieza un nuevo viaje.

Notenos de paso que el capitán Mac-Clure vió interrumpida su marcha, porque los vientos venian del Nordeste, es decir, del punto adonde se dirigian. No duda que yendo por el otro lado del canal logrará fácilmente pasar.

La nueva campaña principia á fines de Agosto. Se ha visto que la tierra llamada de Baring había sido reconocida como la estremidad meridional de la tierra de Banks, separada ella misma de la tierra del Melville por un brazo de mar. Por consiguiente, retrocediendo sobre sus pasos y costeano la isla para llegar á la punta de Banks, el capitán Mac-Clure espera hallar el brazo de mar ó el canal que comunica con el estrecho de Barrow, y por allí intentará el pasaje.

Al principio el camino es fácil, el canal donde ha estado encerrado once meses se halla completamente libre, y la temperatura es dulce. La tierra de Baring parece la mas fértil y habitable de aquellas regiones; abunda en caza de toda especie, gansos, patos, gamos y cabras de almizcle. Pero pronto cambia la escena, el buque llega al mar del Polo, donde tropieza con montañas flotantes que amenazan romperlo como á un vaso de cristal. Al leer estas narraciones, es difícil conservar esperanzas sobre la suerte de Franklin y sus compañeros, porque basta que hayan sido llevados á los hielos de la plena mar para que se hayan perdido irremisiblemente en ellos. El capitán Mac-Clure procura costear sin entrar una milla mas adentro, pero así corre el peligro de ser cogido entre tierra y hielo, y ser hecho pedazos como una nuez. Un día, para no ser arrastrado por la corriente, amarra á un hielo y permanece allí diez días. Pero hé aquí que un témpano enorme viene á sublevar el lecho en que descansaba el buque, y lo levanta perpendicularmente á 30 piés en el aire, como un caballo que se encabrita para arrojar al jinete. Después de un minuto de ansiedad, el hielo se abre, pero el buque es arrastrado por los fragmentos, marcha, marcha, sumergiendo hielos y recibiendo los choques en la popa y el gubernalle. El capitán ve á distancia que va á tropezar con una masa inmóvil, y que si es cogido entre esta y la que lo impele, será destruido el buque. Trata de hacerla saltar, pero la explosión de la pólvora parece que no le ha hecho ningún efecto. «En este momento, dice el capitán, estábamos solo á algunos pasos, todos sobre el puente en una ansiosa expectativa para asistir á la crisis decisiva de nuestra suerte... una violenta sacudida que conmovió los mástiles é hizo temblar los costados del buque, indicó claramente que la lucha no sería larga.»

No obstante se salvaron. La pólvora había obrado en las entradas del hielo, y el choque del buque acabó de hacerlo tres pedazos. El buque atravesó con fiereza las ruinas que había hecho, y no sintió otras averías que las de algunas láminas de cobre arrancadas y enrolladas como si fueran de papel.

Después de tan ruda prueba, el capitán forma la resolución de pasar el invierno en el punto en que se halla. Era Setiembre, y el termómetro había bajado á 16 grados. La tripulación emprende de nuevo sus cacerías y descubre fósiles que el capitán juzga ante-diluvianos. El dice en la carta dirigida á su hermana:

(Se continuará.)

EL ULTIMO VETERANO, la condesa de Harleville y el mayordomo, POR E. M. DE SAINT-HILAIRE.

Traducción de R. F. M.

(Continuación.)

La señora Francisca presidió la mesa, teniendo en frente al abate Caffieux, á su derecha á Mad. Bourguignon, y á su izquierda á la graciosa Eufrosia que había aparecido aquel día en todo el esplendor de una jóven virgen en medio de sus compañeras de cofradía.

La señora Francisca, para captarse las simpatías del veterano y de su mujer, obsequiaba en sumo grado á Eufrosia; para la niña había agotado su ciencia culinaria.

El conde de Harleville había consentido en que asistiesen á la comida sus dos hijos Gontrand y Blanca, para lo cual Gonet, encargado especialmente de velar por sus intereses, había ido por la mañana á París á buscarles el uno al colegio de Luis el Grande, donde estaba estudiando, y la niña á la casa de educación de madame Daubre, donde se hallaba completándola, porque el conde había comprendido perfectamente que el acuchillado y la señorita de Saint-Ange no podían inculcar á sus hijos esa multitud de conocimientos que solo se adquiere con perfección con la práctica de la educación pública.

Gontrand y Blanca estaban, pues, colocados el uno al lado de Eufrosia, el otro al lado de madama Bourguignon; Gontrand era ya un lindo jóven de negra cabellera, de ojos azules, de frente pura y blanca. Blanca era una de esas rubias cuyos matices incomprensibles se escapan al análisis del fisiologista. Aquellos tres niños no tenían entre sí mas que un solo pensamiento, un solo corazón y una sola alma.

Eufrosia, de mas edad que Blanca, pero mas jóven que Gontrand, era la reguladora de sus pasatiempos, la hija del veterano, de una razón precoz, había continuado ejerciendo una verdadera influencia sobre los hijos del conde; pero la adhesión mas completa mitigaba aquella influencia. Ya hemos dicho que Eufrosia disponía de sus economías de jóven, solo para Blanca y Gontrand; pensaba en ellos antes que en sí propia: «Eufrosia lo ha dicho, Eufrosia lo quiere.» Estas dos formulas las repetían sin cesar Blanca y Gontrand, y bastaban para que lo hiciesen todo.

El cura que había hecho preceder la comida de un *venedictus* pronunciado en alta voz, lo concluyó igualmente por las *gracias agimustibi*, y dicha aquella plegaria por el pastor, y escuchado por los convidados con recogimiento, se pasó al salón del presbiterio para tomar el café. A eso de las ocho de la noche, la señorita de Saint-Ange, acompañada del vizconde de la Pannetiere y de Gonet, entraron en el salón; la señorita de Saint-Ange no había querido confiar á los criados el cuidado de llevar los hijos del coronel al castillo.

—No faltaba á nuestra reunion de familia, mas vos, dijo el abate Caffieux dirigiéndose á la respetable señorita, pero me colmais de honor viniendo á visitar la casa de vuestro pastor.

—Mi querido señor cura, respondió la señorita de Saint-Ange, si no escuchase mas que á mis simpatías, vendría con demasiada frecuencia tal vez al presbiterio; pero hay deberes que es preciso cumplir. ¿Os han contestado mis queridos discípulos? preguntó.

—Señorita, son dignos de vos, replicó el abate.

—Enseguida el pastor le preguntó por el conde Harleville.

—Ay! replicó: la señorita tiene una de esas enfermedades cuya marcha es desconocida; la vemos decaer de día en día, y este alíctivo espectáculo infunde la consternación en nuestros corazones.

A la edad del señor conde, repuso el abate, no se debe desesperar de cobrar la salud; una crisis favorable puede determinar la curación.

—Señor cura, interrumpió el vizconde de la Pannetiere, no sucede, y vos no podéis ignorarlo, con las enfermedades del alma lo que con las del cuerpo; las afecciones íntimas no las curan los médicos; es preciso sucumbir, y temo mucho que nuestro honorable amigo sea bien pronto víctima de su demasiada grande sensibilidad.

—Ay! añadió el notario, yo participo de los temores del señor vizconde.

Aquella conversacion había sido en voz baja, y ni el veterano ni los hijos del coronel habían estado á distancia de poder oír; como quiera que fuese, el granadero, inquieto por la especie de misterio que reinaba en el grupo, cuyo centro era el abate, dejó los niños; y acercándose á la señorita, le dijo:

—Señorita, ¿acaso mi coronel se encuentra mas malo esta noche que de ordinario? Si así fuese, me echaria en cara el haber venido á divertirme y haber tenido aquí una especie de boda mientras que él padece.

—No, no, mi querido Mr. Bourguignon, repuso la señorita de Saint-Ange, el señor conde no está mas malo hoy que ayer, su estado no ha empeorado; pero nuestra solicitud por él nos llevan algunas veces mas allá de los límites de la inquietud ordinaria.

La conversacion se hizo general, y los mayordomos Galuchet, Sirandin, Tampon y Bourguignon, pagaron cada cual su tributo de amabilidad.

La buena señorita de Saint-Ange, así como el vizconde de la Pannetiere y Gonet, supieron cada cual ponerla sobre el terreno que les era familiar, así que se habló de batallas, y el veterano refirió en un estilo, que solo á él pertenecía, algunos de esos episodios novelescos de la guerra de Rusia; Galuchet formuló sus opiniones acerca del encarecimiento de los generos coloniales; Tampon, el jardinero, dijo muy buenas frases acerca de los oídos de los osos y los piés de alondra; por último, Sirandin, el peluquero, disertó largamente acerca del peinado, declarando que el peinado á lo *Tito* había dado un golpe funesto á la industria y al comercio.

—Pardiez! señor mayordomo, le dijo sonriendo el vizconde de la Pannetiere, tenéis razón. Nuestros lechuguinos de otro tiempo han hecho mal en dar á esa moda de llevar los cabellos cortos el nombre de á lo *Tito*; hubieran debido llamarla con mucha mas razón á lo *Cómodo*, atendido á que este emperador romano, si se ha creído á los historiadores, era un príncipe peregrino, descuidado en su aliño y sobre cuya cabeza jamás se había puesto peine alguno.

—Bien hablado! exclamó el veterano.
 —En un ángulo del salón la señorita Francisca Mad. Bourguignon y Galuchet, hacían con Mad. Corbeau un pequeño aparte que no carecía de encanto, puesto que la maledicencia por una maledicencia local, costeaba sus discursos.
 —El cura de Mennecey había dirigido aquella multitud de convidados con un tacto perfecto; con una dulce familiaridad con los mayordomos, una política espiritual con la señorita de Saint-Ange, el vizconde de la Pannetiere y el notario á quien nunca llamaba de otra manera que *señor corregidor*, había sabido tributar á cada uno las consideraciones que les eran debidas, así que cuando despues de las diez todo el mundo dejó el presbiterio, no hubo mas que una voz entre los convidados para colmar de alabanzas al Abate Caffieux y celebrar la perfecta armonía que no había dejado de reinar, ni en el comedor ni en el salón del cura de Mennecey.

XV.

ÚLTIMAS RECOMENDACIONES.

Las tristes previones de la señorita de Saint-Ange, y el vizconde de la Pannetiere no tardaron en realizarse. La salud

semejante al que tenemos delante de los ojos. «La enfermedad es desconocida, dijo el doctor, y los síntomas raros que presenta no me permiten en manera alguna fundar mi opinion.» Y cuando se le hablaba de los recursos del arte de curar, mené el doctor la cabeza, y añadió. «Nosotros somos como los demanderos de París, conocemos perfectamente el nombre de las calles; pero no sabemos lo que sucede en las casas.» Pensamiento lleno de justicia y de originalidad, añadió el médico. Os daré, pues, la misma repuesta señora, prosiguió; no ignoramos ninguna estructura del órgano pero ahí se detiene nuestra ciencia porque hay en medio de esa máquina maravillosa que se llama hombre, un principio, una esencia que frustra la esperiencia del médico mas experimentado, porque es inatacable con el escalpelo; pero hay otro médico que nosotros para esas profundas heridas morales, y ese médico es la filosofía... Nunca el señor conde sabría apelar demasiado pronto á toda la suya.

—Así que, doctor está perdido sin remedio, dijo la señorita de Saint-Ange, con los ojos llenos de lágrimas.

—No se debe conservar ninguna esperanza, replicó el doctor. En el señor conde no puede ya la parte material sostener los asaltos de la parte intelectual.

Cuando los dos principios de la existencia luchan entre sí,

—No digo eso señor conde, respondió el notario, á vuestra edad tiene muchos recursos la naturaleza y los médicos no son infalibles.

—Vasta, amigo mio, sé que no saldré de la enfermedad que tengo. Cuando un soldado como yo ha afrontado la muerte so palidecer; únicamente hubiera preferido sucumbir delante del enemigo que en mi lecho. Pero cúmplase la voluntad de Dios! Gonet profundamente conmovido, cojió sin decir una palabra la mano de Harleville y la estrechó con efusion.
 (Se continuará).

El Duque Rodolfo, en el taller del arquitecto Wenzla,

CUADRO POR JOSÉ HELLICH, EN PRAGA.

La antiquísima catedral de San Esteban de Viena presentase al contemplador en su magnificencia respetable, con su pirámide gigantesca cual epopeya sublime; y así no es extraño que en el trascurso de los siglos explotasen la tradicion y la fábula,



El duque Rodolfo IV con su esposa Catalina, en el taller del arquitecto Wenzla, el cual enseña el modelo de la Catedral de San Esteban de Viena.—Cuadro de José Hellich, en Praga.

de Harleville experimentó poco á poco fuertes ataques y bien pronto se vió reducido á cesar en sus paseos hasta á la casa de los Laureles. Menos de tres semanas despues se vió el conde obligado á guardar cama con gran sorpresa del veterano, cuya ternura para con su coronel le impedía creerle peligrosamente enfermo; no creía ya ni en el espanto de la señorita de Saint-Ange, que en medio de la amargura de su alma había exclamado muchas veces:

—No se levantará mas de la cama.

—Llamarónse al castillo de Mennecey los médicos mas hábiles, todos convinieron en que la afección morbosa del conde era irremediable, formulando todos uniformemente sus decisiones supremas.

—Vemos bien, dijo uno de ellos, que hay en la situación del enfermo un peligro inminente y que la muerte avanza á pasos lentos, y sin embargo no sabríamos determinar el sitio, el mal se encuentra, y aun menos prever la duración de él.

—Uno de los doctores hasta dijo á la señorita de Saint-Ange que le apremiaba á que se esplicase de una manera mas categórica.

—La ciencia se ocupa contra los misterios que no es permitido al hombre penetrar; con este motivo, señora, os citaré en una palabra del célebre Petit, nuestro ilustre antecesor, en un caso

la materia es la que debe sucumbir infaliblemente. Me desconocía la señora el tener que anunciaros tan triste presagio; pero un médico debe ante todo decir la verdad á los que se la preguntan.

Harleville había exigido de los que le rodeaban, que le declarasen sin ficción la opinion de los doctores; la señorita de Saint-Ange, el vizconde de la Pannetiere y el notario celebraron consejo respecto á la necesidad de obedecer á las órdenes del conde, y se decidió que maese Gonet en su cualidad de notario se encargase de la delicada misión de anunciar á su desgraciado amigo la aproximación de su última hora. Antes de arriesgar aquel penoso paso se había consultado por última vez al doctor respecto á su oportunidad; el esculapio había respondido firmemente. «De aquí á veinticuatro horas, y tal vez antes ya no existirá el señor conde.

Aquella sentencia no admitía apelación, el notario ya no dudó. Tenía demasiados recursos en imaginación y demasiado hábito de intervenir en cosas semejantes para no estar á la altura de su misión. Puso, pues, en las palabras que pronunció á la cabecera del lecho del moribundo todo el tacto de que era susceptible: el conde le interrumpió en medio de las divagaciones de su discurso.

—Os entiendo, mi querido Gonet, mi hora va á sonar.

objeto tan propicio suyo, y que mas tarde requiriese prolongados estudios y espiraciones, antes que se pudiera volver á colocar en su verdadera luz la historia relativa á la construcción de la catedral. Este mérito le ha alcanzado F. Tschischka en su obra titulada: LA TORRE DE LA CATEDRAL DE VIENA, y de esta misma obra ha sacado José Hellich el asunto de su cuadro, cuya copia tiene el lector á la vista. El arquitecto Wenzla, natural de Klosterneubury (Austria) construyó bajo el reinado de Rodolfo IV las dos elevadas y soberbias torres en el crucero de la catedral de San Esteban, sorprendiéndole, empero, la muerte en 1404, cuando la torre de la parte del mediodía se encontraba á dos terceras partes de su altura; obra gigantesca que dió lugar á diferentes tradiciones; entre otras, la de que despues de la muerte de Wenzla intentaron varios arquitectos de continuar y completar la obra sin lograr ninguno su objeto, por el contrario, hubo que demoler en 1407 cuanto sus sucesores hicieron bajo su plan.

El cuadro de J. Hellich, que representa la visita que el duque Rodolfo IV hizo en compañía de su esposa al taller del arquitecto Wenzla, en cuya ocasión enseñó éste al duque el modelo de la catedral de San Esteban, estuvo en la esposición de industria y artes de Munich año de 1854, y fué reputado por uno de los cuadros históricos de mas revelante mérito.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

Noticia
 hará u
 de 20,0
 —El
 sus sim
 te de la
 —El
 quedare
 Vally, e
 —Ha
 francés
 —Lo
 jandro
 montad
 —Di
 6 del c
 la Colo
 —La
 haber m
 burgo,
 —La
 15 de S
 gentes
 —El
 todas la
 la empe
 —La
 en Pia
 nías de
 —A
 halla St
 metido
 bierno
 —La
 comend
 William
 tanto se
 de Octu
 —Ha
 asamble
 present
 —A
 dro dis
 lo, sig
 gocios
 —No
 que On
 kile, y
 posible
 run y
 —Es
 por me
 design
 tros á
 —Le
 fan su
 en cua
 tambr
 —Gr
 hucien
 los fue
 —El
 Aleman
 en don
 pecia
 —Di
 gran d
 Pila al
 de á lu
 —El
 al vice
 ral de
 —Di
 desde
 los ch
 public
 —C